

hombre, ante lo que será su devenir: Flaubert, Kafka, Artaud.

Sórdidamente, cuando hable de la reproducción de la especie humana, a través del amor (?) de dos seres arrojados a la tierra, "ocupados el uno y el otro en crear un imbécil más sobre la tierra, un desgraciado que los imitará", le plantea con sarcasmo e ironía al lector las siguientes preguntas: ¿Qué eres tú lector? ¿En qué categoría te clasificas? ¿En la de los imbéciles o en la de los locos? Flaubert hubo de reconocerse en la segunda, en la de los locos, pues de otra manera cuál es la posibilidad de sobrevivir en un mundo en donde las máquinas se han convertido en dioses: "La humanidad ha decidido volverse a las máquinas, y viendo el oro que de ellas obtiene ha gritado: ¡Es Dios!". Esta es la realidad de un siglo XIX agonizante marcado por el peso del maquinismo*, era de destrucción del hombre: "¡Qué triste y grotesca nuestra época! ¿Hacia qué océano se aboca este torrente de iniquidades? ¿A dónde nos dirigimos en una noche tan profunda?". Todo ello inmerso en la imposibilidad del reconocimiento de una obra original, crítica de la sociedad

(¿es que acaso ya no nos escandaliza?) con la auto-aceptación de la única redención posible del hombre: la creación: "Entonces tenía momentos de tristeza y desesperación, sentía que mi fuerza me abandonaba, esta debilidad de la que tenía vergüenza, porque la palabra no es más que un eco lejano y debilitado del pensamiento; maldecía mis sueños más queridos y mis horas silenciosas pasadas sobre el límite de la creación; sentía algo vacío e insaciable que me devoraba". Y presagiando -después de la duda de Dios, de los hombres, de la civilización- el fin, "cuando todo esté hollado" retrata al único tipo de hombres capaces de ser admirados: "Las gentes que ven nuestro mundo como un enorme cubo de basura son gentes singulares o difíciles de pintar".

Cómo entonces no llegar a reconocer nuestra soledad en los procesos sin comienzo ni fin, en la transformación del hombre en insecto, en el carácter autoritario de nuestras instituciones, en la imposibilidad de encontrar una salida más allá del individuo. Nuevamente, con una luz enceguecedora, en Kafka (a propósito de un centenario de su naci-

* "Si el socialismo es autoritario; si hay gobiernos armados de poder económico, como lo están ahora de poder político; si en una palabra llegamos a Tiránías industriales, entonces la condición del hombre sería peor que la actual". ¿Cómo no reconocer como verdadera esta afirmación de O. Wilde de finales del siglo XIX, en nuestros días?